

25.—JESÚS VISITA Á SUS APÓSTOLES, Y VUELVE Á ORAR.

PRELUDIO 1.º Pasada una hora de oración, Jesús visitó á sus discípulos, que estaban durmiendo, despertólos, y se volvió á orar.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús despertando á sus discípulos y encargándoles de la vigilancia y oración.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de seguir los consejos é imitar los ejemplos de Jesús.

Punto 1.º *Levántase Jesús de la oración, y visita á sus Apóstoles.*—Pasada la primera hora de oración, Jesús fué adonde estaban sus discípulos, para ver si velaban, como les había encargado, y hallólos durmiendo. Despertólos, y díjoles con blandura, especialmente á Pedro, que se preciaba de más fervoroso: «¿Así no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no entréis en tentación; porque, aunque el espíritu está pronto, la carne está flaca». Pondera aquí la grande caridad, solicitud y cuidado que Jesús tenía de sus discípulos, pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oración para visitarlos y alentarlos; y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que antes les había dicho, que orasen para no caer en la tentación; pues aunque el espíritu esté pronto y desee lo mejor, como la carne es flaca, si no es ayudada con oración, será vencida. Aprende de esto á darte de tal modo á la oración y ejercicios piadosos, que no te olvides del cuidado de los que están á tu cargo; y á corregir con blandura y amor, sobre todo á los que faltan más por flaqueza que por malicia. Mira en la conducta de los discípulos el descuido del hombre en el negocio de su salvación, tomándolo el Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en la persona de ellos te debes mirar á ti mismo, que duermes y aflojas en tu aprovechamiento imaginándote que Cristo te dice lo que á Pedro: «¿No puedes velar una hora conmigo?» ¡Oh, cuánta es la miseria del hombre que, velando Cristo por su salvación, él se duerme! Reflexiona, por fin, cuán grande es la diferencia que hay entre los perfectos y los imperfectos; porque en éstos la tristeza causa soñolencia y desmayo, y enfado de la oración, y porque la dejan, vienen á caer en la tentación, como cayeron los Apóstoles, desamparando á Cristo; pero en los perfectos la tristeza les convida y lleva á la oración; y cuanto más crece ella, tanto crece el fervor de la oración, como se ve en Cristo, por lo cual no desfallecen en la tentación, sino que permanecen con gran fortaleza en ella. ¡Oh Dios benditísimo! No apartéis de mí la oración ni vuestra misericordia, y no permitáis que yo la abandone por tibieza; por-

¹ Matth., xxvi, 40. — ² Psalm. lxxv, 20.

que si yo no la dejo, vuestra misericordia nunca me dejará. ¿Olvídamos nosotros el cumplimiento de nuestros deberes por atender á nuestras devociones voluntarias? ¿Imitamos el fervor que Jesús tiene en su oración, ó la flojedad de los Apóstoles?

Punto 2.º *Vuelve Jesús á la oración con más fervor.*—Después que Jesús hubo despertado á sus Apóstoles, volvióse á la oración, repitiendo las mismas palabras, aunque con más instancia, porque es de creer diría las que pone san Marcos ¹: «Padre, Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de Mí este cáliz; mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres». En lo cual has de ponderar el grande afecto de amor y confianza que se descubre en la repetición de la palabra «Padre, Padre», y la confesión de su omnipotencia, en que estriba la oración, alabándole primero que pida lo que desea, como quien dice: No puedes dejar de oírme por falta de amor, porque eres padre y muy padre; ni por falta de poder, porque todas las cosas te son posibles: Esta misma oración debes tú repetir en los trabajos que te aflijan. Pondera luego cómo Jesús gastó también buen rato de tiempo en esta oración, y es de creer que en él oraría de nuevo por todos los hombres, cuyo Redentor era, deseando, cuanto era de su parte, que todos se salvaran, y que su Pasión fuese provechosa á todos, y no se perdiese el fruto de sus grandes trabajos. Y en este sentido puedes creer que también dijo las palabras referidas: Padre, todas las cosas te son posibles; si es posible, no quede este cáliz de mi Pasión en Mí sólo, y no sirva sólo para mi gloria y provecho; sino traspásale á todos los hombres, para que todos reciban provecho de él; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Esta petición era muy conforme á la caridad de Jesucristo, y de ella puedes usar, suplicando al Padre eterno que el cáliz de la Pasión de su Hijo se traspase con eficacia á todo el mundo, pero rindiendo tu juicio y voluntad á su eterna ordenación. En esta consideración te puedes imaginar presente á Cristo nuestro Señor, y cómo pide á su Padre que pase á ti el cáliz de su Pasión, comunicándote el fruto de ella, y así le has de suplicar te lo aplique. ¡Oh Padre eterno! Pues vuestro Hijo ha bebido este cáliz tan amargo, poderoso para dar vida á todo el mundo y mil mundos, mostrad vuestra caridad y omnipotencia en traspasar su fruto á muchos para gloria del que le bebió por ellos. Pase también este cáliz á mí, y lléneme de sus amarguras y de los dones que ganó con ellas. ¡Oh cristiano! ¿Deseas tú también participar del cáliz de la Pasión de Jesús? ¿Apoyas tus súplicas en la confesión de la omnipotencia de Dios?

Punto 3.º *Vuelve Jesús á sus Apóstoles, y ya no los despierta.*—Considera cómo, terminada la segunda oración, volvió Jesús á sus Apóstoles; y hallándolos dormidos, compadecido

¹ Marc., xiv, 39.

de su flaqueza, dejólos, y volvióse á la oración, y entonces, como dice el Evangelista ¹, puesto en agonía y congoja, oraba más prolijamente, prolongando más su oración. Pondera acerca de esto cómo Cristo nuestro Señor, aunque sabía que sus discípulos dormían, quiso venir á visitarlos, para descubrir el cuidado que de ellos tenía, aunque no los despertó, compadecido de verlos tan oprimidos del sueño. Mira sobre todo con atención, y compadécete de la soledad que sintió Jesús en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo y el tiempo obscuro; los discípulos estaban dormidos, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacía el sordo, y no le respondía; su divinidad y la porción superior de su alma dejaba padecer á la porción inferior, cumpliéndose lo que dijo David: «Busqué quien me consolase, y no le hallé». Entonces diría aquello del salmo XXI: «¡Dios mío, Dios mío!; mira por mí; ¿por qué me desamparaste? Doy voces de día y de noche, y no me oyes, aunque bien sé que no es por mi culpa, ni será para mi daño». Á pesar de todo, Cristo perseveró en su oración, sin quejarse con impaciencia de no ser oído, ni enfadarse, ni dejar por esto de orar y repetir lo mismo, una, dos y tres veces, creciendo en el fervor, enseñándote el modo cómo debes portarte en la oración. Finalmente: has de ponderar cómo el Padre Eterno dilató el responder á la oración de su Hijo, para darnos á entender la grande necesidad que teníamos de la Pasión y muerte de Jesús, pues se detenía en contestarle cuando le pedía que, si era posible, se impidiese, lo cual te obliga mucho á amarle, pues tanto estima tu bien. ¡Oh Padre soberano! ¿Por qué amáis tanto á los esclavos, que queréis por su causa afligir á vuestro Hijo? ¿Por qué os hacéis el sordo á su demanda, dejando de cumplir su deseo por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Vuestra caridad, Dios mío, y la de vuestro Hijo, es causa de esto, por lo cual os suplico me deis perfecta conformidad en todo lo que ordenareis; pues, aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, con el grande amor que tenéis á vuestro Hijo y á todos los que le pertenecen. ¿No nos compadecemos nosotros de la tristeza y soledad que por nuestro amor padece Jesús? ¿No imitaremos su constancia en la oración?

Epílogo y coloquios. ¡Qué Padre tan tierno y cuidadoso del bien de sus hijos es el divino Jesús! Se había apartado de sus discípulos para entregarse á la oración, y cuando más sumergido se hallaba en la contemplación de los soberanos designios de su Padre, se levanta, va á visitar á sus Apóstoles, á quienes encuentra profundamente dormidos; los despierta con una amorosa queja, exhórtalos nuevamente á la oración, y vuelve á entregarse con mayor fervor á la repetida súplica que venía hacien-

¹ Luc., xxii, 43. — ² Psalm. lxxviii, 21.

do una hora había. ¡Qué solitud tiene Jesucristo por nuestra salvación! ¡Con qué abandono la miran los hombres, figurados por los flacos Apóstoles! ¡Qué diferencia entre la oración de los perfectos y de los imperfectos! Después que el divino Jesús hubo suplicado otro rato muy largo que pasase de Él el cáliz amargo de su Pasión, y que su fruto, á ser posible, se extendiese eficazmente á todo el mundo, visita nuevamente á sus Apóstoles, los cuales habían vuelto á su pesado sueño, y, compadecido de ellos, ya consiente en que duerman, y regresando al lugar de su oración, entra en una penosísima congoja y como agonía, en la cual prolonga más la oración hasta alcanzar contestación de su Padre celestial. ¡Qué ríos de amargura inundarían el alma del Señor en este momento! ¡En qué soledad tan desconsoladora se hallaba! Todo cuanto ve á su alrededor le despierta tristes y congojosos pensamientos; la noche obscurísima, el lugar solitario, los Apóstoles dormidos, su Madre lejos de su compañía sumida en la angustia y dolor, su Padre sordo á sus humildes súplicas. ¡Oh Jesús! ¿Quién podrá dejar de amaros si considera lo que por él habéis hecho? ¿Cómo le correspondemos nosotros? ¿Vigilamos por los que están á nuestro cargo? ¿Nos dormimos en nuestra oración, vencidos de la pereza? ¡Cuánto disentimos de nuestro amantísimo Salvador! Fijemos en Él nuestra vista; tratemos eficazmente de modelar nuestra conducta por sus ejemplos, y con este fin propongamos muy particularmente lo que debemos practicar y evitar para este objeto; y convencidos de nuestra inconstancia y flaqueza, pidamos con fervor á Dios sus auxilios, y roguemos por todo el mundo.

26. — APARICIÓN DEL ÁNGEL Y SUDOR DE SANGRE.

PRELUDIO 1.º Envió el Padre Eterno un ángel para confortar á Jesús; y este Señor, al oír las razones que el celestial enviado le decía, sintió tal lucha interior, que sudó sangre.

PRELUDIO 2.º Representate al ángel confortando á Cristo y á este Señor sudando sangre.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de luchar fuertemente contra tus pasiones.

Punto 1.º *Aparécese un ángel á Jesús, y le conforta.*— Considera cómo el Padre eterno, viendo á su divino Hijo en tanta aflicción y congoja, y que todavía perseveraba en la oración ¹, para que se echase de ver que tenía providencia y cuidado de Él, y que no despreciaba su oración, envió del cielo un ángel que en su nombre le consolase, así como en el desierto, cuando venció al demonio, había enviado algunos ² que le diesen de comer, con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles á su tiempo el consuelo con algún ángel invisible, que es su santa inspiración; y si dilata esto, no

¹ Luc., xxii, 43. — ² Matth., iv, 11.

es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que más les conviene. El ángel que vino creése que fué san Gabriel, encargado del servicio del Verbo encarnado¹, no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecía al misterio de la Redención. Llegado este celestial mensajero en forma visible al lugar donde estaba Jesús, hablóle con gran reverencia y con semblante muy compasivo, poniéndole delante algunas razones que podían consolarle y confortarle en su aflicción. Diríale que era voluntad y decreto del Padre eterno que muriese y bebiese aquel cáliz; que era necesario para remedio del mundo, para rescatar á los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías; que los trabajos pasarían presto, y luego se seguiría la gloria de la resurrección y el descanso perpetuo de su carne. Estas y otras razones le diría el ángel, y Jesús con humildad las escuchaba, mostrándose, en cuanto hombre, necesitado del consuelo de sus criaturas; y, aunque sabía muy bien todo lo que el ángel podía decirle, gustaba de oírsele y se confortaba con ello, enseñándole que no debes desdeñar el recibir consuelo de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que tú, y aunque sepas todo lo que te puede decir, porque á veces, por medio del menor, ilustra y consuela Dios al mayor. ¡Oh Salvador mío! Cómo, siendo Vos el consuelo y esfuerzo de los ángeles, os habéis puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Vuestra caridad ha hecho esto, por la cual os doy innumerables gracias, y os suplico me ayudéis para que me aproveche de los consejos que me diere, así el ángel de mi guarda como Vos, Ángel del gran consejo, cuyas inspiraciones propongo seguir fielmente todos los días de mi vida, para merecer veros en el cielo eternamente.

Punto 2.º *Jesucristo suda sangre.*—Oyendo Jesús las razones del ángel, oraba más prolijamente, y vino un sudor como de gotas de sangre, que caían en la tierra. Considera aquí las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso, las cuales son varias y todas muy provechosas. La primera fué para manifestar la terribilidad de la aflicción interior que en esta ocasión padecía su alma, porque en ella se levantó una espantosa lucha entre el temor y tristeza de la muerte por una parte, y el celo de la gloria de Dios y bien de los hombres por otra. La imaginación, aprendiendo con viveza los dolores, avivaba los afectos de temor, tristeza y congoja interior; y la razón superior, con las conveniencias de la muerte, encendía los afectos de celo y amor, resistiendo á aquéllos; y con esta lucha creció tanto la congoja, que vino á reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo con tal abundancia, que regó la tierra. La segunda causa fué

¹ S. Thom.

para mostrar su infinita generosidad en dar la sangre por nosotros, sin esperar á que los verdugos se la sacasen; por cuyo motivo es comparado al árbol de la mirra, el cual primero echa por los poros este licor á modo de sudor, y después es punzado y descortezado para que lo dé con más abundancia; así Jesús, antes que vengan los verdugos á cebarse en Él, quiere que su imaginación sea el verdugo que le saque la sangre, de su espontánea voluntad. La tercera, para mostrar el vivo y tierno sentimiento que tenía de nuestros pecados y de las llagas mortales de su cuerpo místico la Iglesia, para cuyo remedio, como cabeza nuestra, quiso tomar la purga y medicina interior con tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fué tan excesivo, que las derramó, no sólo por sus ojos, sino por todos los poros de su cuerpo, como gotas de sangre. ¡Oh sangre preciosísima, derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh buen Jesús! Lavadme con esa sangre, y aplicadme una gota de ella, pues una basta para mi salud. ¿Y qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues ¿por qué, Salvador mío, derramáis tantas? ¡Oh amor sin medida, quién os amase sin medida! ¡Oh alma mía! Glorifica á este Señor, que por ti suda sangre. ¿Imitas el modo de luchar contra las pasiones que Él te enseña? ¿Tienes dolor de tus pecados y eres generoso con Él?

Punto 3.º *Jesús, después del sudor de sangre, visita por tercera vez á los Apóstoles.*—Considera cómo, á causa del sudor de sangre, quedó el dulcísimo Jesús sumamente debilitado y extenuado de fuerzas; y como estaba solo, no hubo quien le aliviase ni enjugase su santo cuerpo, completamente bañado en ella. Solamente el ángel, pasmado de tan extraño suceso, le confortaría de nuevo, hasta que llegó el tiempo de partirse. Pondera cómo luego se levantó Cristo de la oración, y por tercera vez volvió á sus discípulos, y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: «Basta ya; levantaos, y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar». Con lo cual, amorosamente los reprendía, porque era como decirles: Vosotros, que sois mis amigos, que habéis protestado seguirme fielmente, hallándome en grande tribulación y en peligro inminente de caer en manos de mis enemigos, estáis durmiendo; pero mi enemigo no duerme, y ya se acerca para apoderarse de Mí. ¡Cuánto debes confundirte de ver que los malos son más prudentes y activos para ejecutar sus maliciosos planes que tú! Pero medita en particular el ánimo y esfuerzo que sacó el Señor de la oración para acometer con denuedo los trabajos de la Pasión, con lo cual te enseña la eficacia de la oración para fortalecer la carne flaca,

¹ Matth., xxvi, 46.

y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía. Mira, por fin, la mansedumbre de Jesús, el cual, con haberse hallado en tanta congoja, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indigna, sino que, antes de llamarles por última vez, como compadecido de ellos, les dice: «Dormid y descansad». ¡Oh buen Jesús! Vos teníais grande necesidad de dormir y descansar; pero, como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso, y tomáis para Vos el trabajo. No permitáis que yo entregarme al ocioso descanso, viendo á Vos, que con tanto dolor estáis velando y orando, y á vuestros enemigos, que con tanto odio y encarnizamiento os están persiguiendo en vuestros discípulos. ¡Oh alma fiel! La diligencia de los enemigos de Cristo, ¿no te moverá á serlo en su servicio? ¿Procuras buscar en la oración la fortaleza que te falta y necesitas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene el Padre eterno de su Hijo! Le contempla solo, agobiado de temor, desamparado, sumergido en la tristeza, y viendo que insiste en su ferviente oración, manda á un ángel del cielo que en forma visible se presente á consolarle. ¿Quién no confiará en la providencia de tan tierno Padre? Mira al ángel san Gabriel cómo se acerca respetuosamente á Jesús y le comunica las órdenes del Padre celestial, y se esfuerza en consolarle, y Jesús le escucha atento. ¡Qué humildad! ¡Dios recibiendo consuelo de una criatura! Oyendo Jesús al ángel, enciéndose en el celo por la gloria de su Padre y bien de los hombres; y como su imaginación aviva al propio tiempo los afectos de temor, congoja y tristeza, entáblase dentro del Corazón de Jesús terrible lucha, y no cabiendo en él la sangre, se derrama con tal violencia por todas sus venas, que viene á brotar por los poros del cuerpo, llegando á regar el suelo. ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh dolor inefable! Así ostenta Jesús la caridad que nos profesa y el dolor que le causan nuestros pecados. Mas, ha llegado la hora fatal; el ángel ha desaparecido, y Judas se acerca con su tropa; Jesús, saliendo animoso de la oración, va á sus discípulos, y aunque se compadece de su debilidad al hallarlos dormidos, mas con amorosa reprensión los despierta, recordándoles la vigilancia del traidor y comparándola con la tibieza de ellos. Lo mismo, quizá, nos podría decir á nosotros. Pues, ¿qué hacemos? ¿Deseamos que los ángeles nos consuelen? ¿Por qué no somos más asiduos y vigilantes en la oración? ¿Por qué no tenemos por la defensa de los intereses de Jesús el celo siquiera que sus enemigos tienen para hacerle la guerra? Avergoncémonos de nuestro proceder; propongamos corregirnos, pidiendo para ello las gracias necesarias, sin olvidar las demás necesidades que se nos han recomendado.

27.—LLEGADA DE JUDAS Y DE LOS SOLDADOS AL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Vino Judas con los soldados, y saludó á Jesús, el cual le recibió con muestras de amor; y después, preguntando á los soldados á quién buscaban, dijeron que á Jesús, contestó: «Yo soy», y ellos cayeron en tierra.

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si le vieses con tus ojos.

PRELUDIO 3.º Pide grande y vivo temor de los juicios de Dios y de su justicia.

Punto 1.º Llegada de Judas, y su beso hipócrita.—Considera cómo habiendo Judas advertido á los soldados que con él iban, que Jesús era aquel á quien besase, llegando donde estaba el Señor, se le acercó y le besó, diciendo: «Dios te salve, Maestro». El Señor le respondió: «Amigo, ¿á qué viniste? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» Sobre lo cual has de ponderar primeramente las marañas y trazas que inventó Satanás para prender á Cristo, parte con violencia de muchos soldados muy desahogados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traición con beso de paz; la diabólica maldad de Judas, que de Apóstol de Cristo se hizo capitán y guía de sus enemigos; y su enorme desvergüenza en aprovecharse del conocimiento que de Él tenía para entregarle con beso de paz á sus verdugos. ¡Cuánto has de temer los juicios de Dios al ver la suerte de este desventurado! Pondera luego la mansedumbre y caridad admirables de Jesús, el cual, no sólo admitió el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición, sino que llegó hasta llamarle amigo, diciéndole con amoroso disimulo: «Amigo, ¿á qué has venido?» Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te traté como tal, y deseo ahora convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á esto, Yo te recibiré y perdonaré; dime: ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra Él de tanta crueldad! Mira, además, cómo queriendo Jesús después de esto corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, le dijo: «Judas, ¿con beso entregas al Hijo del hombre?» Llamóle por su nombre, en señal de conocimiento y amor, y á sí mismo se nombra con el nombre común de Hijo del hombre, en señal de humildad, deseando por todas vías conquistar aquel corazón endurecido para ablandarle; pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó; sino, dada la señal del beso, como se había adelantado á los soldados, volviése de presto á ellos, para que hiciesen su hecho. ¡Oh dulcísimo Jesús! La dureza de Judas me estremece y hace temblar; pero vuestra infinita mansedumbre y caridad me llenan de dulce esperanza. ¿Cómo no tuvisteis asco de que

1 Matth., xxvi, 48; Marc., xiv, 44; Luc., xxii, 48; Joan., xviii, 3.